

# El riesgo también es un factor



por Norberto Laterza  
nlaterza@revistapalermo.net

**S** Ya se ha dicho muchas veces todos los ingredientes que se necesitan para armar el espectáculo del turf. Cuando se abren las puertas de un hipódromo confluyen una serie de trabajos que comienzan en el haras con la cría de los pura sangre, con todos los requisitos y peligros que eso conlleva hasta el final, que con distinta suerte puede llevar al animal a un descanso pleno de facilidades cuando se transforma en padrillo, con un harén de yeguas de primera magnitud, o a un ostracismo en algún potrero para esperar su fin. En el medio está también el destino de sus dueños que están esperando el caballo que les pueda dar la posibilidad de seguir en la cría o la fatalidad de tener que esperar no menos de cinco años para a través de un padrillo generoso salvar la inversión.

Luego esa fina línea que incide de manera decisiva entre el éxito y el fracaso a través del pura sangre, afecta a entrenadores y dueños que si bien viven con pasión lo que hacen dependen, en la mayoría de los casos, de ilusiones que se pueden hacer realidad o desanimar hasta tal punto que huyen sin querer saber más nada del tema.

¿Y los jockeys?, son los que más riesgos corren en todo este andamiaje porque exponen su vida permanentemente y la taca de la suerte puede inclinarse para cambiarles la vida tanto sea a favor o en contra.

Nuestro turf, el de antes y el de ahora, tiene una larga lista de profesionales de la fusta que encontraron su final arriba de un caballo, también de los que quedaron inhabilitados físicamente por accidentes que se pueden considerar “normales” en una competencia. Ellos lo

saben y los que estamos dentro de la actividad también, pero mucha gente que disfruta del turf no lo puede ver en realidad, porque olvida que es solo un ser humano de entre 50 y 60 kilos de peso arriba de un caballo que pesa de promedio entre 450 y 500 kilos a 60 kilómetros por hora.

Que la profesión de jockey es un trabajo riesgoso es indiscutible pero cuando sucede con una figura relevante, como el caso del brasileño Jorge Ricardo el sábado pasado, constituye un toque de atención además de una conmoción porque vuelve a demostrar que siempre el peligro está presente en una carrera.

Lo que quiero decir es que vale la pena mirar con otros ojos el trabajo de un jinete desde la óptica de lo que pone para el espectáculo, nada menos que su propia vida. Si bien es cierto que los accidentes no son tan comunes en un deporte donde en definitiva es el animal en general el que produce la caída del que va arriba, merece mucho respeto, más del que se le prodiga, a quien maneja las riendas. Cuando alegremente la gente insulta a un jinete porque “no se metió por dentro”, “no abrió en el codo”, tenía que “haber aprovechado el hueco” y tantas otra cosas de los científicos que están sentados en una mesa o en las tribunas, hay que detenerse a pensar un poco y no criticar con tanta facilidad a un ser humano que hace lo que puede, con menor o mayor talento, para llegar en un mejor lugar el disco.

No es fácil ser jockey, ni tampoco trabajar desde la mañana en los ensayos, que es donde también se producen accidentes, cuando se piensa en todo lo que arriesgan. Pocas actividades exigen de un perfecto estado físico y mental para desarrollar su tarea, es, el que decide abrazar esta profesión, una persona que tiene miedo como cualquiera al subir a un caballo de carrera aun siendo consiente de todo lo que se juega, pero es lo que eligió y pone todo lo que puede para hacerlo bien. Por eso merece un respeto absoluto.